

Eugenesia y discriminación biopolítica: ¿Violencia sobre el cuerpo? Eugenics and bio-political discrimination. Is it body violence?

Dr. Miguel Santagada,

Director del Centro de Estudios de Teatro y Consumos Culturales (TECC),
Facultad de Arte, UNICEN.

E mail: msantag@yahoo.com

Resumen

Entre otros legados de Michel Foucault a los discursos contemporáneos destaca la sospecha de que algo más que el ello y el superyó domina nuestro cuerpo. Un poder soberano que extiende sus tentáculos hasta la condición misma de la existencia (Agamben, 1998). Las fuerzas que ejercen ese dominio pueden identificarse como políticas activas de la vida o biopolíticas, operaciones variadas en carácter y con consecuencias casi siempre inesperadas. Especialmente para estas últimas, acompañadas por el creciente desarrollo de las tecnologías bioingenieriles, se hace cada vez más necesario desmontar lo problemático de las intervenciones científico- estatales sobre el cuerpo. Las regulaciones sobre los deseos y la idealización del cuerpo humano, de sus conformaciones morfológicas y psicológicas pretenden avanzar sobre el sujeto aun a costa de proporcionarle orientaciones conducentes a su fragmentación y sufrimiento. Porque estos dobleces de la biopolítica cuentan con un denominador común que parece su rasgo característico: las acciones casi siempre son violentas: contra el sujeto, contra la vida, contra la naturaleza, contra los pobres, etc. Al desatarse estas violencias (que J. Galtung denomina “violencia estructural”), se originan conflictos, estallidos, traumas y pérdidas irreparables que llaman la atención por su espectacularidad y dramatismo, aunque las motivaciones permanezcan ocultas o enmascaradas.

Hemos escogido un largometraje de ciencia ficción futurista como telón de fondo para estas reflexiones. El futuro es incierto, pero son útiles para nuestros fines los cruces entre restricciones políticas y las experiencias personales que resultan de tener que enfrentarlas. Lo instructivo de la película cabe en la idea de que no siempre es opaco a la conciencia el manejo del cuerpo por fuerzas que el individuo (que es ese cuerpo) debe resistir.

Palabras clave: Cuerpo, eugenesia, biopolítica, violencia, *Gattaca*.

Abstract:

Michel Foucault has left as a suspicion: our bodies is dominated by something else than superego and id. A sovereign power that spreads its tentacles to the same condition of existence (Agamben, 1998). Biopolicy is the name of those forces whose operations are both various and unintended consequences. Bioengineering technics have advanced to ensure scientific and government intervention on the body. The regulations on the wishes and the idealization of the human body , its morphological and psychological conformations intended to build on the subject even at the cost of providing guidance leading to fragmentation and suffering. The characteristic feature of biopolicy is to act almost always violent : against the subject , against life, against nature , against the poor, etc. To unleash this violence (called “structural violence” by J. Galtung) conflicts, traumas, irreparable losses. Those conflicts draw attention for its spectacular and dramatic nature , although the motives remain hidden or masked.

We have chosen a futuristic science fiction film as a backdrop for these thoughts. The future is uncertain , but they are useful for our purposes crosses between political restrictions and personal experiences that result from having to face them. Instructive film fits in the idea that it is not always opaque management awareness body forces the individual (which is the body) must withstand

key words: body, eugenics, bio-politics, violence, Gattaca

Recibido: 2/06/15. Aceptado 18/08/15

Andrew Niccol, también autor de la historia en que se inspira *The Truman Show*, ha sido el guionista y realizador de *Gattaca*, largometraje estrenado en 1997. Por entonces, los debates acerca de la manipulación genética de la vida humana parecían todavía reservados para la fascinación que provocan algunos descubrimientos científicos. Acababa de cumplir un año la oveja Dolly, primer mamífero clonado, y el denominado Proyecto Genoma Humano, iniciado a comienzos de la década, no mostraba los resultados que en 2003 se presentarían como el emblema tecnocientífico del siglo XXI: nada menos que el mapa completo de las secuencias de ADN de nuestra especie.

Niccol eligió las fórmulas narrativas de la ciencia ficción (Fleury, et al, 2004) para combinar el tema de interés biopolítico con un conflicto personal. Dicho conflicto se plantea en un marco normativo donde se consagra la discriminación como recurso para la convivencia social. Lo que sugiere *Gattaca* podría resumirse en una pregunta de (vulgares) periodistas de televisión: ¿no es mejor asegurarse que todos los individuos nazcan sanos? Pero la forma esquemática o ingenua de este problema no impide que advirtamos los supuestos implicados en la obvia respuesta afirmativa que exige. Más allá de ciertas trivialidades (que también deberían ponerse en discusión), algunas preguntas reclaman atención: ¿qué significa nacer sano, según promueven los eugenistas? ¿Por qué habrían de utilizarse solo criterios cognitivos o estéticos para implantar cierto ideal de normalidad? ¿Cómo deberían establecerse esos criterios? ¿Cómo podrían democratizarse los debates? ¿Por qué sería razonable o no cierta decisión consensuada mayoritariamente? Y en caso de que la eugenesia llegue a ser razonablemente universal, ¿cómo enfrentar las consecuencias no deseadas de semejante definición? ¿Qué quedaría de la variedad de estilos personales, de la creatividad artística, de la indeterminación y de los desafíos que dan sentido a la existencia? Si las contingencias de la salud orgánica se pueden evitar en el plano ultra microscópico de los genes, ¿el plano afectivo de la vida sobreviviría a tantas restricciones?

Niccol es un director de Hollywood y evita sumergirse en la profundidad de estos asuntos. Prefiere concentrarse en la fuerza heroica de un personaje trágico, concebido por la transgresión de sus padres. Estos han rehusado procrear con técnicas de manipulación genética, y desataron así fuerzas de un destino que se abatirán sobre su hijo. *Gattaca* propone una navegación superficial que no impide, sin embargo, vislumbrar la monotonía de un mundo planificado en extremo, es decir, de una vida humana donde las emociones y la creatividad están vedadas por una ley generalísima y excesiva.

El escenario futurista de *Gattaca* torna verosímiles ciertas reglamentaciones que han consolidado un poder social de apariencia racional y aséptica sobre las personas. El fin de las ideologías y el auge de la biopolítica de *Gattaca* parecen disfrutar del reaseguro de un individualismo desorbitado, que acaba siendo falso. Por un lado, los personajes sufren el sometimiento inapelable a la ciencia que controla la vida. Por otro lado, son permanentemente vigilados para resguardar la pureza de los genes que sobrevendrán con los nuevos nacimientos. Apenas sobreviven algunas rendijas por donde se cuela la luz de la iniciativa individual. En esa democracia tecnoconsumista y emblemáticamente sometida al control estatal, las parejas están obligadas a acudir a un genetista de confianza para definir los perfiles genéticos de su futura descendencia. Sin esta selección cuyo costo depende de la pretensión de los futuros padres, los hijos pueden nacer como han nacido todos los humanos desde los tiempos más remotos: sometidos a la contingencia y a la imperfección.

Pero la eugenesia es ley y orden: aquellos que son concebidos fuera de las probetas, en la espontánea pasión del intercambio erótico, pagarán con una ciudadanía de segunda clase

la irresponsabilidad de sus padres. He aquí la tragedia que deberá enfrentar el protagonista de *Gattaca*: un capitalismo inflexible (no muy diferente del nuestro), en el que la deficiente condición genética convierte a las personas en sub-ciudadanos y les impide aspirar a empleos de relevancia. La mercantilización de la vida consagra cuerpos de primera calidad y admite, de acuerdo con inescrutables leyes del mercado, una variedad de segundas marcas que complementan la oferta laboral de bienes y servicios.

La violencia estructural sobre la vida y el cuerpo

En estas condiciones biopolíticas no tan imaginarias las parejas deben consultar con genetistas para diseñar a sus hijos. Se trata de una ventaja, pues de esa forma se sortean “inconvenientes” tales como la miopía, la calvicie, el alcoholismo, el cáncer o, incluso, la conducta indócil. Menos socializante que la eugenesia del mundo feliz de Aldous Huxley, la planificación de la vida en *Gattaca* es de una crueldad en principio más tolerable. Los niños de este mundo exasperantemente biopolitizado son, a pesar de todo, auténticos hijos de sus padres. No deben su desventurado destino a fuerzas cósmicas, sino a la publicidad, al odio racial, al espanto por lo diferente. Así, la vida a la que son traídas las nuevas generaciones no tiene misterios. Solo puede haber riesgos que, afortunadamente, el sistema científico tecnológico puede conjurar. Lo que no cuenta ya es esa forma de imperfección de la vida que conocemos como sorpresa. Rigurosos algoritmos impiden que se infiltre en la conformación de los recién nacidos el menor rastro físico o psicológico de una humanidad que repugna a los imperativos sociales.

Pero como la conducta humana puede escapar a toda forma de vigilancia, aún de los más siniestros o exhaustivos sistemas de control, *Gattaca* relata la historia de un personaje cuyos padres decidieron procrear por fuera del sistema dominante de conveniencias genéticas. El producto de esta imprudencia llega al mundo con problemas en la vista, una cardiopatía congénita y una expectativa de vida que no supera los treinta años. Este es el castigo de haber salido de la senda legítima, de no haber acatado las indicaciones científicas. Ahora estamos ante una lamentable conjunción de rasgos que debido a la imprudencia no fueron filtrados ni neutralizados por los mecanismos sanitarios intervinientes en la concepción de los futuros seres humanos. Los padres enmendarán su error con la elección de un nombre que revela lo opuesto al destino de fracasos que espera al pequeño monstruo: “Vincent”, el que vence. Más tarde tendrán otro hijo, Anton, pero con los suficientes recaudos que permitirán dotarlo de una estructura genética para alcanzar “el éxito” en la vida. Curiosamente Anton se encontrará muchos años después con Vincent, en circunstancias que no son relevantes para este análisis.

Vincent llega a un mundo de cartón, fosilizado, donde todo está en su lugar: incluso él, un ciudadano de segunda en una sociedad donde la contaminación ha sido controlada, las energías son renovables y la inseguridad casi no es un problema. Sin embargo, todavía existen, entre otros antiguos sistemas profesionales, los médicos y la policía. Los médicos luchan contra el mal de las defecciones naturales; su profesión queda reducida a la vigilancia y la denuncia de casos anómalos. Por su parte, la policía atiende esas denuncias y muy de vez en cuando debe enfrentar al crimen, una imperfección moral que debería haberse extinguido a medida que la población fue haciéndose mayoritariamente más planificada. El relato cuenta con el condimento conspicuo de Hollywood: un homicidio, al que dedicaremos un comentario hacia el final.

Los que como Vincent, fueron concebidos con métodos naturales son “inválidos”, etiqueta que los aleja de los empleos de mayor responsabilidad. En este mundo casi perfecto todo vestigio de deficiencia humana ha sido sublimado o está por desaparecer definitivamente. El propio Vincent, que desea ser astronauta, comprende desde muy joven que la realización de metas personales requiere de una maleabilidad que el sistema social no ofrece. Como símbolo de esta imposibilidad, se dejan ver las construcciones geométricas e higiénicas donde habitan los personajes taciturnos de la historia, a quienes el control y la vigilancia solo permiten un transcurrir rutinario y sin expectativas. Los válidos ya lo tienen todo; los inválidos como Vincent saben que nunca tendrán lo que desean.

Todo en *Gattaca* funciona como si nadie pudiese escapar a sus genes. Quienes presentan una cadena de cromosomas en la que no han intervenido los genetistas calificados para impedir sorpresas o azares solo podrán esperar una subsistencia en la marginación y el desconsuelo. Por una razón que la película no explica, pero que los occidentales conocemos muy bien, en términos formales es indeleble el estigma social que recae sobre ciertos individuos.

Después de todo, no parece un precio tan alto que deba existir una minoritaria población marginal para sostener una mayoría feliz. En nuestras sociedades más bien pasa lo contrario: la población mayoritariamente agobiada por cargas y desazones sostiene la felicidad de las minorías privilegiadas. En *Gattaca* lo que parece haberse perdido es la misma noción de felicidad. Sometidos a lo previsible, los humanos luchan solo por objetivos convenientes y la conveniencia no es asunto de deliberaciones líricas, sino de planificaciones y cálculos que exceden con amplitud el raciocinio individual.

Como no ha sido engendrado por la técnica, Vincent asume el destino de tener que luchar por su realización personal. Desde que era niño sueña con alcanzar las estrellas, un objetivo que solo es accesible a quienes son ciudadanos de primera, que se reclutan en *Gattaca*, la base desde la que se lanzan las naves interplanetarias con fines de investigación y conquista de nuevos mundos. La tragedia de Vincent es haber nacido “Hijo de Dios”, inválido, así que su sueño no parece viable. El mal imaginario que lo aqueja se denomina genomismo y contra las consecuencias de este destino de diseño biopolítico intentará realizar su proyecto.

Más violencia para conjurar la violencia biopolítica

En su influyente tesis sobre las políticas del cuerpo, Judith Butler explica que los significantes políticos que designan las posiciones de los sujetos no son descriptivos, pues no representan algo que preexista a esos mismos significantes. Por el contrario, tal es el caso contra el que se opone Vincent en *Gattaca*, estos significantes llegan a cargarse de investiduras fantasmáticas con consecuencias reales, que solo pueden revertirse al cabo de un largo proceso de luchas.

Los fantasmas de Vincent le impiden acceder al programa de entrenamiento para astronautas que conquistarán Titán, uno de los satélites de Saturno. Su lucha, pues, consistirá en revertir los efectos devastadores de una biopolítica que condenan a ciertos individuos a sobrellevar una existencia anodina y sin consuelo. Para eso, deberá eludir los controles y simular lo que las reglamentaciones que estructuran su mundo social tornan imposible. Que un inválido viaje al espacio en una misión de altísimo interés social. El único procedimiento eficaz es fraudulento, y será necesario que utilice los genes de otra persona. Así queda en

evidencia la falsedad de la distinción *válido-inválido* que vertebra las relaciones sociales en ese mundo futurista. Violencia estructural originada en un marco normativo discriminador, que al provocar la injustificada frustración de las personas, margina hacia la clandestinidad a quienes logra someter y empuja a la criminalidad a quienes procuran resistirse.

No es sorprendente que en una cultura mercantilizada hasta el extremo de tecnificar la concepción de los hijos se organizara un mercado negro de genes que relativiza la sólida discriminación entre válidos e inválidos. Paradójicamente, Vincent el inválido deberá recurrir a una trampa para que lo consideren válido con la complicidad de los ciudadanos de primera categoría. Para esto necesita de los genes de otra persona, un válido que por definición biopolítica debería ser moralmente incorruptible. Gerome es el nombre de esa persona genéticamente perfecta que ha caído en desgracia. Un accidente deportivo lo ha dejado postrado en lo físico, resentido en lo psicológico y necesitado en lo económico. Un traficante reúne a los dos cómplices de la maquinación, con lo que comienza entre ambos una extraña simbiosis. Vincent cuida de Gerome y lo mantiene en el alto nivel de consumo al que se ha acostumbrado. A cambio, Gerome le presta lo que la biopolítica ha convertido en “esencia” del cuerpo propio: pestañas, restos de uñas, muestras de orina y de sangre que cada día Vincent debe emplear para sortear los innumerables controles que interfieren la realización de sus sueños.

En el mundo tan planificado y esquemático no deberían prosperar fraudes como el que traman los cómplices que el azar ha reunido. ¿No podría desbaratarse el simulacro que planean Gerome y el traficante, dado que Vincent y Gerome no son parecidos? La respuesta implacable se formula con una pregunta: “¿a quién interesan ya las fotografías?” La identificación de las personas se realiza a nivel molecular, no importan las facciones del rostro ni las huellas digitales. Independientemente de que las tecnologías permitan simular parecidos, la forma de control es tan confiable y exacta que no es necesario presentar un carnet de identidad: basta un poco de orina o de sangre para que el Estado sepa quién es quién. El simulacro consistirá en llenar cada mañana unos recipientes con la sangre y la orina de Gerome, para disponerlos de tal forma que las muestras genéticas extraídas del cuerpo de Vincent correspondan al de su cómplice válido. Un refrigerador en la casa de los protagonistas mantiene las reservas de estas muestras para eludir cualquier contingencia de controles imprevistos.

Violencia estructural y violencia delincuencial

La idea sobre la que *Gattaca* intenta reflexionar se inscribe en la tradición anticientífica del romanticismo crítico. Las técnicas de control dispuesto por la más rigurosa biopolítica no mejora a la sociedad y puede empeorar a los hombres. La hipótesis de que la ambición, los celos, el egoísmo y otras debilidades de nuestra conducta estén determinados sólo por la naturaleza puede ocupar larguísimos debates. Pretender instrumentar esa hipótesis con políticas activas es peligroso y dañino. El aspecto de la película que ilustra este punto es fácil de encontrar: a pesar de que la dotación genética de buena parte de la población no admitiría la violencia como recurso para resolver conflictos, en el relato de *Gattaca* ocurre un crimen. La víctima es un funcionario que había objetado más de una vez la misión a Titán, y que podía influir para que se cancelara. Este episodio genera tensión porque se ha encontrado en el escenario del crimen una pestaña que usa Vincent, pero que es de Gerome. A pesar de este accidente, la investigación que terminará siendo exitosa está a cargo de un detective estereotipado y un joven exponente de la eugenesia imperante: Anton, el hermano de Vincent, del que estuvo alejado desde la adolescencia.

El autor del crimen es nada menos que el máximo directivo de la expedición, que no pudo convencer a la víctima de que sus puntos de vista no serían aceptados. Al ser detenido por la policía, el asesino pretendió argumentar que en sus genes no había «ninguna inclinación a la violencia». Precisamente, con esta afirmación se revela el funcionamiento de los significantes vacíos y de las estructuras fantasmáticas derivadas de las biopolíticas imaginarias de *Gattaca*. Para perplejidad de los ingenieros genetistas, el deseo o la rivalidad no pueden moldearse definitivamente. O, si dependen de centros neurales específicos, no es posible afectarlos sin consecuencias sobre otras funciones igualmente importantes. Simplemente, no puede lograrse a nivel molecular que la existencia humana alcance un «mejoramiento artificial», porque las circunstancias en que se desarrolla la vida no tienen que ver solo con la materialidad que las ciencias naturales consideran.

Mediante el cálculo de probabilidades podemos especular qué podrá ser de nuestra especie dentro de cincuenta años, en tanto que parece aventurada cualquier hipótesis sobre lo que ocurrirá con cada uno de nosotros en los próximos veinte días. Es probable que la eugenesia mejore las condiciones para erradicar patologías hereditarias como la hemofilia, pero pretender impedir la reproducción de rasgos indeseables de la conducta o el desarrollo de «razas puras» o «superiores» conduce a una intromisión en la vida de los otros que ciertamente no querríamos para nosotros mismos. El costo de estos experimentos es muy alto por numerosas razones, casi todas conocidas: si se promueve con fines biopolíticos, la definición de un ideal científico de vida saludable no solo resulta un arrogante desprecio de posturas disidentes. Una vez efectivizadas, las alteraciones no admiten marcha atrás. No ha sido otra la experiencia de los totalitarismos del siglo XX, que de la mano de la ciencia y la técnica terminaron en crueles genocidios justificados de acuerdo con la misma racionalidad eugenésica. La pretensión por el bien y el orden absolutos, logrados con un mínimo de contingencias o imperfecciones humanas llevó a los campos de concentración a quienes se estigmatizó arbitrariamente como amenaza para la pureza de las razas superiores. La aparentemente legítima pretensión por la paz y el fin de la guerra aniquiló a decenas de miles de personas en solo el primer cuarto de hora posterior al bombardeo atómico en Hiroshima y Nagasaki.

Lo que se actualiza en *Gattaca* es la vieja advertencia de que no debería adjudicarse el control de la vida únicamente a la racionalidad de la ciencia convencional, tan convencida de que los fines justifican cualquier decisión por cruel que sea. Sin la exageración del caso de Vincent, los agricultores y los criadores de animales para el consumo son un ejemplo práctico de esta forma de control. Como sucede con la mayoría de los recién nacidos de esa sociedad futurista que presenta la película de Andrew Niccol, la presión de los criterios mercantiles deja de ser sentida cuando el saber de la ciencia y la tecnología se disponen solo a mejorar rendimientos y beneficios triviales. La alteración de las especies, la deforestación de bosques nativos o el sufrimiento de los especímenes durante la crianza no cuentan. Esta violenta instrumentalización de la vida que opera la tecnología cancela la enigmática dignidad de lo natural y la reemplaza por la satisfacción superficial de caprichos y ambiciones.

Ahora bien, ¿acaso no hay víctimas? Los daños que han sufrido difícilmente vayan a ser advertidos o reconocidos por quienes antepusieron otros proyectos al derecho de aquellas. Ejercer violencia significa causar daño. ¿Cómo establecer si hay daños si, por efecto del daño o por el propio carácter de la víctima (una especie vegetal, un perro, etc.) ésta no puede denunciarlo o los efectos son irreversibles? La vida humana se convertiría en un objeto

hasta tal punto manipulable que podría preverse que ciertos individuos tengan vedado el acceso a determinadas funciones psicológicas superiores. Ni siquiera ellos mismos podrían medir los daños que serían consecuencia de una adulteración biopolíticamente consentida y acaso hoy ya técnicamente posible. Desde el punto de vista de la especie, poco quedaría del hombre como un ser corporal con capacidad para expresarse e iniciar la búsqueda del sentido que su tiempo le depara entre precariedad y fatalidad. Los recursos simbólicos y materiales que lo asistirían estarían distribuidos según los mismos criterios que impidieron que desde el nacimiento algunos desarrollaran competencias cognitivas. Así, la lucha por vivir con dignidad que Vincent finalmente gana, solo refleja una tenue esperanza de que la tecnología no llegue a bloquear el derecho de los “seres inferiores”.

Referencias Bibliográficas.

- Agamben, G. (1998). *Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida I* Madrid: Pretextos.
- Butler, J. (1993). *Cuerpos que importan*. Barcelona: Paidós.
- Flury, A., & Rabkin, E. (2004). Science in Gattaca. *PMLA*, 119(5), 1356-1357.
- Foucault, M (2003). *La Historia de la Sexualidad. (Vol. I). La Voluntad de Saber*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Galtung, J. (1990). Cultural Violence. *Journal of Peace Research*, 27(3), 291-305.
- López Mainieri, W. (2012). Eugenesia y discapacidad: ¿calidad de vida o genocidio? Recuperado de http://www.minusval2000.com/literatura/articulos/eugenesia_y_discapacidad.html
- Rabkin Eric S. (2004). Science Fiction and the Future of Criticism. *PMLA*, 119 (5), 457-73.
- Sarmiento Young, C. (2006). *Dominar los orígenes de la vida humana*. Recuperado de http://www.agbioetica.org/wsite/images/pdfs/16_dominarlosorigenesdelavidahumana0001.pdf
- Tealdi, J. C. (2008). *Diccionario Latinoamericano de Bioética*. (Versión digital). Unesco: Bogotá. Recuperado de <http://www.unc.edu.ar/extension-unc/vinculacion/instituciones-sociales-y-salud/salud-derechos-humanos-y-genero-en-la-ensenanza-de-grado/diccionario-latinoamericano-de-bioetica.pdf>
- The Science Behind the Human Genome Project: Understanding the Basics*. (s. f.). http://web.ornl.gov/sci/techresources/Human_Genome/project/info.shtml